PRIMERA PARTE
MIRADAS AL CAMPO
PERIODÍSTICO

Un acercamiento a cuatro décadas de historias y prácticas del periodismo colombiano

Diana Marcela Aristizábal García¹

La historia del periodismo, su desarrollo y sus protagonistas forman parte de un proceso teórico en plena construcción. Hasta ahora los temas más recurrentes son reconstrucciones diferenciadas del nacimiento de la radio, la televisión, la prensa política, la llegada de los diferentes formatos y géneros, y “sus procesos de influencia política, económica, social, estética y cultural de diverso signo” (López, 2005, p. 369). En la mayoría de estudios, las instituciones y escenarios que se privilegian, por lógica, son aquellas que generan el producto periodístico: las grandes empresas de medios y las principales casas matrices.

Sin embargo, por estas vías tradicionales es difícil llegar a desentrañar el significado de la actividad periodística y percatarse de las múltiples acciones y funciones que se ponen en juego cuando se decide escoger esta profesión. No es común, ni mucho menos fácil, pasar del rol de periodista al de fuente. ¿Cómo hacerlo, si a los periodistas se les enseña a preguntar sobre las vidas ajenas, a “tomar con pinzas” los hechos, a analizarlos y confrontarlos y no a que sean ellos mismos quienes deban ser en algún momento cuestionados y observados?

El hecho de pertenecer a un círculo profesional en concreto plantea ciertas restricciones sociales, el aprendizaje de ciertos saberes y habilidades específicas, cierto tipo de rutinas, un estilo para actuar y una actitud general ante el mundo. En este sentido, habría que pensar que el periodista no vive, no escribe o reporta en el vacío, sino que está inmerso en las políticas del medio del que hace parte y del contexto social en el que trabaja.

1 Historiadora y periodista de la Universidad del Rosario. Magíster en Estudios Culturales de la Universidad de los Andes. Actualmente cursa estudios doctorales en antropología en la Universidad de los Andes.

Es difícil encontrar los múltiples significados de las prácticas periodísticas por fuera de las voces de sus protagonistas, así como es igualmente complejo tratar de comprender las dinámicas en las que se ha desarrollado este oficio en el país al margen de las formas de control político, económico y social, de las manifestaciones de violencia, la oposición al orden dominante o la llegada de nuevas tecnologías. El periodismo y su materialización deben estudiarse y comprenderse no solo en un sentido diacrónico, al que le basta con ubicar por cronología la aparición de un medio, de una nueva herramienta o un nuevo formato. Es necesario ubicarlo también dentro de un contexto sincrónico y someterlo a un análisis más abarcador, que tome en cuenta elementos históricos nacionales. Hace falta explorar procesos más específicos, en los cuales se pueda “mirar con lupa” cómo los periodistas colombianos participaron y continúan haciéndolo como integradores y constructores que le dieron sus propios significados a la historia de nuestro país, que sin quererlo, se convirtió en la historia de ellos mismos.

Este texto pretende mostrar, a través de la vida de seis reconocidos periodistas colombianos, las transformaciones que se han dado en el oficio periodístico desde la década de 1970 hasta la actualidad. Se analizará, con el apoyo de sus anécdotas y reflexiones, cómo se fueron transformando progresivamente la manera de ejercer el periodismo, las rutinas, las formas de narrar, ver y contar la “realidad” nacional de acuerdo con algunos hechos históricos nacionales, internacionales, académicos y tecnológicos, que a su modo de ver, cambiaron la manera de hacer práctico el oficio. De esta forma, se hará una reconstrucción de la vida tanto personal como laboral de estos personajes, sus experiencias, emociones, su trayectoria en los medios y algunas historias que los marcaron durante los años de ejercicio de la profesión.

El texto está dividido en tres partes y cada sección corresponde a una década de hechos que marcaron la historia del país y del oficio periodístico. Los seis periodistas invitados a este ejercicio de memoria cuentan algunos secretos de su profesión y cómo registraron las noticias y percibieron los cambios que llegaron al país. Las dos primeras décadas (1970 y 1980) son descritas por Germán Santamaría y Darío Restrepo, dos periodistas que aprendieron la profesión de forma empírica, con la práctica en los diarios y la reportería en las calles, los pueblos, las comisarías, la selva y las plazas de mercado.

En la década de 1990 se dio un giro completo con la profesionalización del oficio y el crecimiento de facultades de Comunicación Social y Periodismo en las universidades. Margarita Vidal y Alberto Salcedo Ramos son dos representantes de una generación que se profesionalizó en la academia. Esto significó un cambio en la manera de hacer práctico el oficio, de entenderlo y apropiárselo. El tercer aparte será guiado por las historias de dos representantes de una generación más reciente. Se trata de Andrés Mompotes y María Alejandra Villamizar, quienes muestran su visión del oficio a partir del cambio del milenio.

Los años setenta y ochenta: profesión, periodista

Durante los años setentas varios hechos cambiaron la forma de hacer el periodismo colombiano. La Copa América de Fútbol de 1975 –edición número treinta– obligaba a las selecciones suramericanas a jugar como locales y visitantes en sus respectivos países, sin que ninguno oficiara como sede del torneo, por lo cual se comenzaron a transmitir en directo a los hogares colombianos las hazañas de nuestros futbolistas en el exterior. Esto acrecentó, en cierto sentido, el sentimiento de nación.

El escenario internacional atravesaba por situaciones difíciles, entre ellas la Guerra Fría. Al otro lado del Atlántico, en Francia, surgía el G8, formado por los ocho países más ricos del hemisferio norte. En España, al dictador Francisco Franco le faltaba poco menos de un trimestre para morir y poner fin a cuatro décadas de opresión. Los países latinoamericanos hacían su transición a sistemas democráticos y, con ello, el periodismo libre se consolidaba como bandera de la democracia.

A los países involucrados en esas coyunturas llegaban corresponsales colombianos para hacer sus reportajes en un castellano “colombianizado” y desde una perspectiva criolla. Esa clase de sucesos, y los no menos complejos hechos nacionales, crearon una época propicia para el fortalecimiento de la profesión periodística. Y ante la importancia que ésta cobró, surgieron los reconocimientos y los premios. Esos estímulos ganaron fuerza en muchas naciones porque enviaban a la comunidad internacional el mensaje de que en ellas se respetaba el ejercicio periodístico y se respaldaba la creación de nuevos medios de comunicación. México creó su Premio Nacional de Periodismo en 1976 y España en 1983 el Premio Rey de España, considerado el más importante del ámbito iberoamericano. En 1975 se creó en Colombia el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, el galardón pionero en Iberoamérica.

La tecnología empezaba también su precipitada revolución en las salas de redacción de periódicos y noticieros de radio y televisión. Se hicieron famosas las máquinas de escribir eléctricas de las marcas Remington y Brother que ayudaron a desarrollar un lenguaje más elaborado y preciso. La televisión a color llegó a Colombia en 1979 y desde entonces las imágenes cambiaron la forma de percibir la información.

También ocurrieron cambios definitivos en la manera de concebir la profesión de periodista. Antes de 1975 las noticias nacionales y los acontecimientos mundiales eran investigados y escritos por abogados, economistas y pensadores ajenos a las academias de periodismo. El concepto de neutralidad política era ajeno a los medios de comunicación: por lo general, estos últimos estaban vinculados a alguna causa partidista. La información noticiosa se dirigía tendenciosamente hacia algún partido político.

A finales de aquel año se promulgó la Ley 51, que reglamentó el oficio periodístico como una actividad profesional. Antes de ella, expedía el título una facultad o una escuela aprobada por el gobierno o se obtenía mediante la demostración del ejercicio de la profesión durante cinco años continuos. Asimismo, se creó la tarjeta de periodista, el “documento legal que acredita a su tenedor como periodista profesional” (Ley 51 de 1975).

Esa generación fue espectadora del notorio incremento de la participación femenina en las empresas informativas. Las primeras mujeres del periodismo no estudiaron en universidad alguna, al igual que sus colegas hombres. Lucy Nieto de Samper llegó al periodismo sin haber cursado alguna carrera profesional; Gloria Valencia de Castaño se formó como filósofa y después llegó a la radio; María Teresa Herrán se graduó de abogada de la Javeriana, y Emilia Pardo Umaña se hizo periodista empírica en las oficinas de *El Espectador*. La costumbre les impedía firmar con su nombre y apellido. Debían hacerlo con un seudónimo.

El posicionamiento y desarrollo de estas y otras mujeres como escritoras, presentadoras o locutoras se cumplió en principio con timidez y cierto aislamiento. La gran mayoría –quizás todas– inició su carrera en medios de comunicación y secciones dirigidas al público femenino: las revistas *Vanidades*, *Cromos para ellas*, *Coltejer* y *Contrapunto Femenino*, y las frecuentes secciones de los diarios tituladas *Correos del corazón*.

Entre los lectores ganaron interés algunos temas en secciones mediáticas que antes se ocultaban por considerarse irrespetuosos de la moral y las buenas costumbres. El aborto, la planificación familiar o la discriminación laboral femenina obtuvieron un espacio en los periódicos y en la radio. Con cierta frecuencia las consecuencias fueron negativas. A Lucy Nieto de Samper se la acusó de hacer favores a las empresas farmacéuticas por hablar sobre planificación familiar y Emilia Pardo Umaña debió exiliarse porque escribió artículos de tendencia política contraria a la de su propia familia en un reconocido diario de circulación nacional. Lucy Nieto de Samper fue la primera mujer que escribió una columna de opinión en el diario *El Tiempo*; Gloria Valencia de Castaño la primera que apareció en la pantalla chica, y María Teresa Herrán, una de las primeras que habló sobre política, jueces y economía, temas que años atrás eran de dominio exclusivo de los hombres.

Darío Restrepo y Germán Santamaría son dos periodistas que iniciaron sus carreras durante la época “romántica” del periodismo de las décadas de 1970 y 1980, cuando predominaba la imagen del reportero que recorría las calles con su libreta de apuntes, con una exquisita sensibilidad para encontrar las novedades de cada día y una prodigiosa memoria para llevar la información luego al papel, a falta de instrumentos como la grabadora. Ya han pasado más de cuarenta años desde que estos dos periodistas tuvieron su rol como reporteros, pero al escucharlos se nota que muchos de sus recuerdos y vivencias de esas décadas y de su trabajo en el diario *El Tiempo* permanecen intactos en su memoria. El paso por ese medio los marcó a ambos.

Darío Restrepo trabaja en el oficio hace aproximadamente 46 años, de los cuales lleva 40 en *El Tiempo*. Desde 1998 funge como director del Sistema Informativo CityTv, perteneciente a la misma casa editorial. Por su lado, Germán Santamaría trabajó trece años en ese diario, luego se convirtió en el director de la revista *Diners* y actualmente es el embajador de Colombia en Portugal.

Darío Restrepo y Germán Santamaría –antioqueño y tolimense, respectivamente– se sienten orgullosos de sus orígenes. Ven en el periodismo la más hermosa oportunidad para narrar y describir la diversidad de gentes, paisajes y culturas, no solo de sus regiones, sino además del mundo entero. Darío Restrepo dialoga con palabras fuertes y contundentes, y no revela que dentro del periodista serio y tranquilo que a diario da a conocer las noticias de Bogotá habita un hombre tímido, agudo y reflexivo que huye de las entrevistas. Desde joven le ha gustado la política, fue dirigente estudiantil, editor político de *El Tiempo*, estudió Ciencias Políticas en París y en Londres, y durante sus años de reportero permaneció más tiempo en el Congreso de la República que en las salas de redacción.

Germán Santamaría es inquieto, conversador y polémico. Habla como si estuviera narrando una de las tantas crónicas por las que se lo reconoce en Colombia y en el mundo. Mira y analiza a sus interlocutores con ánimo de descifrarles el alma y dentro de esa inquietante serenidad que aparenta, cuando se trata de escribir y de hablar, suelta los más picantes comentarios.

A ambos se les pidió ubicar el momento preciso en que les nació la inquietud por el periodismo. Entonces, coinciden y se remiten a sus épocas de infancia. La mirada soslayada de Restrepo indica un ejercicio de retrospectiva. Allá en Medellín cuando tenía nueve años, su maestra de lenguaje les pidió a los alumnos de la clase que hicieran una composición, un cuento, una poesía o quizás una entrevista a la mamá o al vecino. Al pequeño Darío se le ocurrió entrevistar a Fernando Gómez Martínez, director del diario *El Colombiano* en la década de 1950:

Yo creo que escogí el periodismo sin uso de razón. ¿Qué lleva a un niño de nueve o diez años a entrevistar al director de un periódico y no al papá o a la mamá propios? En aquella época entrar en esas oficinas era como pretender entrar en el Departamento de Estado. ¡Y yo estuve ahí frente a él. Me recibió en su oficina!

Entre tanto, Germán Santamaría devuelve la memoria a las tierras del Tolima, a uno de sus pueblos más progresistas, el Líbano. En ese municipio de cafetales e inquietudes intelectuales y literarias nació Santamaría. En sus recuerdos de infancia se detiene en la época del bachillerato para explicar su amor por las palabras. En el Líbano, un profesor le preguntó: “Germán, ¿usted quiere ser escritor?”, y Germán asintió. El profesor le dijo: “Yo tengo un amigo que estudió conmigo y que se llama Gabriel García Márquez y le voy a regalar a usted uno de sus libros”.

El alumno leyó en una tarde aquella obra de García Márquez. Fue tanta la emoción de Santamaría que bautizó el centro literario de la escuela que él dirigía con el

nombre del escritor de Aracataca. El periodista recuerda que en aquel tiempo no era reconocido el nombre del escritor, pero años más tarde fue utilizado para bautizar cientos de institutos, museos, colegios y escuelas del país. Santamaría dice que en aquel entonces “nuestro Nobel apenas si se conocía en Colombia, pero yo desde adolescente quería ser algo así como él, como ese señor que se llamaba Gabriel García Márquez. Pero yo, un chico de provincia, necesitaba comer y necesitaba vivir, y ser escritor implicaba una estabilidad económica y entonces vi que lo más parecido a la literatura era el periodismo. Al fin y al cabo ambos se hacen con palabras”.

Tanto Germán Santamaría como Darío Restrepo guardan con especial cariño el recuerdo de este primer contacto con el oficio en sus lugares de origen. La aproximación más real se produjo años más adelante, al encontrarse de frente con la algarabía de las salas de redacción, con teclados ametrallados por manos diestras en las palabras, voces de radios y televisores, murmullos de las grabadoras de las que se transcriben declaraciones, sorbos largos de café y el inconfundible sonido del periódico cuando se lo lee con avidez.

Darío Restrepo, antes de convertirse en el director del noticiero *CityTv*, fue locutor de emisoras locales, participó en programas de Caracol Radio, fue subdirector del diario *El Espacio* y editor general de la revista *Semana*. De sus años como reportero rememora con especial agrado aquellos en los que vivió en la ciudad de Pasto, cuando era corresponsal de *El Tiempo*. Mientras los evoca, baja la mirada y toma de manera esporádica los tirantes negros que caracterizan su atuendo. Dice que fue en ese entonces cuando sintió el impulso y el palpito de ser reportero. Era un paisa recién llegado a las frías montañas nariñenses. Se sentía incapaz de saber cómo podía cubrir las noticias locales sin conocer a nadie ni ningún lugar y sin saber compartir las costumbres de esas tierras.

Entonces, se dejó llevar por su intuición y por la recursividad propia de los antioqueños. Cansado de sus “novatadas”, de nunca llegar a tiempo al lugar de los hechos, tomó una decisión que marcó para siempre su carrera profesional: llamó a la oficina principal del Cuerpo de Bomberos de Pasto, se inscribió en un curso y se ofreció como voluntario:

Los bomberos son los primeros que llegan a los accidentes, los incendios, las inundaciones y los hechos que ocurren en las ciudades pequeñas. Me convertí entonces en el mejor reportero, el más rápido, el más ágil y el que estaba de primero en el lugar de los acontecimientos. Tanto así, que me convertí en el jefe de prensa de los Bomberos.

La seriedad de Darío contrasta con el tono picante, apasionado y rápido de Germán Santamaría para recrear sus primeros años en el periodismo. Tenía solo 23 de edad cuando comenzó a redactar sus primeras crónicas sobre Bogotá y el mundo. La intensidad y la vitalidad del periodismo de aquel tiempo las recuerda en cada viaje, cada vez que presencié un terremoto, un golpe de Estado o un cambio de Presidente.

Ahí estaba él junto al cañón, oliendo el hedor de las tragedias, conociendo de cerca el poder de la naturaleza y el deseo de poder de los hombres. Para llegar a los terremotos de Popayán en 1983 y de México en 1985, viajó en avionetas o en helicópteros que lo sacaban bruscamente de cualquier rastro de somnolencia que tuviera.

Germán Santamaría trae a su memoria uno de los momentos que más han marcado su vida como reportero. Una vez en el Caquetá se encontró con una anciana que vivía en medio de la selva en una choza humilde rodeada de árboles, con una hectárea de coca y sin nada más que ocho cerdos como compañía. De los ocho cerdos, como diría el cuento infantil, le quedó solo uno porque “el león”, como ella le decía al jaguar de los Andes, se los fue devorando uno a uno. Allí se encontraban Germán, la “pobre viejecita” y su cerdito esperando el jaguar feroz. Germán encontró en la vida de esa colonizadora de las selvas del Caquetá una historia que merecía ser contada, pues retrataba “el estado de abandono en el que viven muchos colombianos cosecheros y agricultores, esperando a que un jaguar real o el de la pobreza los devore”, afirma Santamaría.

Los trabajos periodísticos de Germán Santamaría y Darío Restrepo hacen especial énfasis en las micronoticias, los personajes cotidianos y los problemas locales y aparentemente invisibles para explicar problemas más amplios y complejos. Esta perspectiva del periodismo local es el resultado de una clara influencia académica que tuvo su auge durante las décadas de 1970 y 1980.

La revolución historiográfica francesa, con la Escuela de los Anales, la nueva historia cultural y la microhistoria despertaron en los periodistas latinoamericanos inquietudes literarias, históricas y periodísticas sobre la manera de retratar el denominado hecho social. Fuera de las figuras públicas, de los acontecimientos políticos y económicos considerados “de primera” por criterios editoriales, en la agenda mediática de aquellas décadas entraron otros temas de carácter social, cultural, ambiental y humorístico. Igualmente, se reactivaron los géneros de crónica, perfiles y semblanzas como los lenguajes idóneos para tratar tales temas. Este doble cambio se puede ver retratado en algunos títulos de crónicas de esas dos décadas como son: “El Chocó: amor en blanco y negro” (1965) de Gonzalo Arango y “La niña que agoniza en el fango (1985) de Germán Santamaría.

Otra influencia importante que tuvo el periodismo colombiano de la generación de Restrepo y Santamaría fue la escuela del Nuevo Periodismo estadounidense, correspondiente a las décadas de 1950 y 1960. Su representante más destacado fue Truman Capote, con su reveladora novela *A sangre fría*. Este controversial escritor estableció la mezcla idónea entre la belleza literaria, el trabajo riguroso de investigación periodística y la importancia de las pequeñas señales, de los sucesos menos reveladores y los sujetos más invisibles para contar grandes historias.

Darío Restrepo y Germán Santamaría pertenecen a la estirpe de periodistas que en pleno ejercicio del oficio descubrieron todas las facetas posibles de nuestro

país. Describieron la realidad colombiana que para ellos, como para muchos otros colegas, ha sido tanto un privilegio como una tragedia. Al comparar los hechos de la historia que marcaron la profesión con la experiencia de estos dos profesionales se pueden advertir diferencias entre la manera en que se ejercía el oficio en una época y en otra. Los años de 1970 todavía tenían algo de “tranquilidad”. Esto, teniendo como referente la dimensión y gravedad de los hechos que se desarrollaron en décadas posteriores. Lo anterior no significa que no se hayan presentado episodios de violencia durante esa época, sino que no se había llegado aún a la amenaza directa de la narcoguerrilla, el secuestro en masa, el cultivo ilícito de coca o los atentados terroristas. Una muestra de la vida tranquila de aquellas épocas la ofrece el diario *El Tiempo* en su primera página del 1 abril de 1970, que contiene una fotografía del entonces presidente Carlos Lleras con el Ministro de Comunicaciones, Antonio Díaz, caminando tranquilamente por la carrera Séptima de Bogotá. En la imagen, ambos aparecen distendidos, sin guardaespaldas y transitando junto con otros ciudadanos.

Darío Restrepo sonríe con disimulo y se muestra reflexivo cuando habla sobre lo que extraña de sus épocas de reportero a finales de la década de 1970. Estaba en Bogotá y cubría las noticias de la sección de política. Hacía un seguimiento noticioso al presidente Carlos Lleras Restrepo, quien andaba en un viejo automóvil negro conducido siempre por un mismo chofer, de apellido Rojas, al que los reporteros llamaban “Rojitas”:

Era normal que un Presidente pudiera ir a su oficina en un solo carro y con su propio conductor. Nada parecido a los ejércitos que custodian hoy en día a los líderes políticos. Cuando uno ve estos cambios, no se puede más que añorar esas épocas y ver cómo ha cambiado también el país.

El testimonio de Restrepo pone en evidencia la manera de hacer periodismo y la relación que había entre las fuentes y el periodista durante aquellos años, lo cual es bastante diferente de lo que ocurre ahora. La sensación de seguridad que percibían los personajes públicos para movilizarse y la mayor cercanía entre las fuentes oficiales y los periodistas -como le sucedió a Restrepo, Rojitas y el Presidente Lleras- condujeron a que muchos reporteros se afiliaran a una tendencia política. Esto les permitía tener un acceso privilegiado a las primicias del gobierno o de los partidos políticos de aquel tiempo. Ni siquiera en la teoría, y mucho menos en la práctica, el periodismo de la década de 1970 era considerado un ejercicio que necesitara de la imparcialidad o la neutralidad. Los lectores y la audiencia, en general, esperaban recibir opiniones diferenciadoras y nutrirse con los comentarios, críticas y aplausos de los periodistas a los partidos políticos o al gobierno.

En una ocasión, Rojitas conducía el automóvil del presidente Lleras por las carreteras de una vereda de Cundinamarca. El auto se quedó atascado en un barrial. Restrepo tomó de ejemplo esta experiencia para demostrar que “si algo parecido

ocurriera hoy con el vehículo de un Presidente, probablemente vendría un tanque de guerra, un avión sobrevolando, una ambulancia blindada y un tropel del ejército”. En aquella tarde Darío Restrepo, otros dos periodistas y Rojitas sacaron del barrial el auto presidencial. Nadie se dio por enterado del suceso. “Ese era un trabajo que hacíamos personas de carne y hueso, que íbamos por razón del oficio al lado del mandatario”, recuerda.

La sensación de seguridad y tranquilidad todavía estaba algo presente tanto en el oficio periodístico como en el ejercicio del poder político. La mutua confianza y la complicidad entre los periodistas y los personajes de la vida pública nacional eran la manera simple, conocida y aceptada de hacer periodismo en la década de 1970.

Algunos hechos se destacaron especialmente en el devenir nacional de aquellos años y ocuparon las principales páginas de los periódicos, los espacios de la radio y la pantalla chica. El entonces presidente Misael Pastrana Borrero (1970-1974) impulsaba la revolución financiera con el plan de Las Cuatro Estrategias, el cual consistía en crear más empleo mediante la construcción de vivienda. La creación del sistema UPAC era el epicentro estratégico para el ahorro interno; también se renovó el Banco de la República, al que se le dio mayor poder sobre la banca. Estas reformas nutrieron las secciones económicas de la prensa nacional y obligaron a los reporteros a especializarse en temas propios de economistas y a comprender más a fondo el trabajo de los empresarios y comerciantes. Debió ser un trabajo más sencillo para los profesionales que procedían de otras carreras como la economía y el derecho, y que trabajaban como redactores. A pesar de la profesionalización del oficio periodístico, en éste empezaba a ganar fuerza el ámbito académico. Y hoy, después de casi 65 años de profesionalización, se considera una sana práctica el retornar a los usos anteriores y estudiar carreras diferentes del periodismo para ejercer el oficio.

El gobierno de Misael Pastrana tuvo sus reveses. Por un lado, las constantes protestas universitarias, la clausura de dieciocho universidades por disturbios, los paros de maestros, las manifestaciones callejeras y una huelga nacional, mostraron que otras fuentes como las del sector educativo y sindical tenían un enorme peso en la estabilidad política del momento. Así, a pesar de que se habla de que en esta época se gozaba de una mayor tranquilidad tanto para las figuras públicas como para los periodistas –en comparación con los años posteriores–, también se vivieron momentos de tensión. No se vivía el miedo de las acciones narcoterroristas, pero otras situaciones violentas quebrantaban la tranquilidad y seguridad del país. El mensaje que se transmitía en los medios, además de incluir otros testimonios, debía contener un lenguaje “pedagógico” que llegara a cualquier persona que quisiera entender las razones de las protestas.

En 1971 se decretó en el país la figura del estado de sitio, que implicaba controles y restricciones a la radio. Las constituciones colombianas anteriores a la de 1991 promulgaban en teoría la libertad de expresión, pero dejaban grietas que permitían restringirla como en este caso particular y en muchos otros momentos, como el

periodo comprendido entre 1949 y 1957. “La larga lista de censuras condujo a que en 1991 se buscara evitarla por completo”, afirmó el historiador Jorge Orlando Melo en su columna “La interpretación en el país de las maravillas”, de *El Tiempo* (2007).

Otras lecciones valiosas para el periodismo se desprendieron de los acontecimientos que se desencadenaron en los subsiguientes años. El 11 de abril de 1971 surgió la Anapo como tercera opción política. Días después se fundó el grupo guerrillero M-19, que ganó visibilidad con el robo de la espada de Bolívar, el atraco a camiones de leche y el asalto e incendio del Palacio de Justicia en 1985. Los periodistas colombianos aprendieron a reconocer y a filtrar el lenguaje polarizado de la violencia, así como las expresiones y los contenidos tendenciosos que pretendían imponer a la prensa una bandera ideológica. Al hacerse una comparación entre la prensa de la década de 1950 con las dos siguientes, e incluso la de ahora, Jorge Orlando Melo declara en su documento “La libertad de prensa en Colombia: pasado y perspectivas actuales”, de mayo de 2004, que “ahora los medios tratan de ocultar al máximo sus sesgos y preferencias y en vez de presentar al público una imagen ideológica clara y una posición bien definida, quieren que se los reconozca como medios neutrales”.

Germán Santamaría fue uno de los periodistas que presenció cómo el político liberal Alfonso López Michelsen era elegido Presidente de la República para el periodo de 1974-1978. Bajo su mandato se realizaron cambios sustanciales en el país, entre ellos, el mejoramiento de la capacidad energética, el aumento de la producción agrícola, la construcción de viviendas, vías y comunicaciones y hasta tuvo ocurrencia una imprevista bonanza cafetera. Los periodistas hacían seguimiento a las señales del proceso de modernización de Colombia. Artículos como “La nueva carretera al puerto”, del diario *El Pueblo* de Cali (1977), de Luis Eduardo Cardozo; “Los trasplantes renales”, del diario *El Colombiano* (1977) de José Roberto Jaramillo; y “La otra cara de Bogotá”, de *El Tiempo* (1978) de Gloria Helena Rey, ponen en evidencia cómo los periodistas registraban los cambios urbanísticos y científicos que se producían en el país.

Parte del proceso de crecimiento y desarrollo en discusión incidía directamente en los medios de comunicación. En 1979 llegó a Colombia una novedad mediática que modificó el rostro y el sentido de estética de las imágenes hasta entonces transmitidas por la televisión. La “caja mágica”, nombre que se le daba en esa época al televisor, tenía una pantalla lluviosa de puntos blancos y negros. Para iniciar la década de los años ochenta, el objeto que despertaba todo tipo de admiración tuvo un elemento novedoso: por primera vez se veían las imágenes en colores, más vivas y reales.

Los colombianos de los pueblos y las pequeñas ciudades se reunían frente a los ventanales de las casas de quienes tenían el privilegio de contar con ese “artículo de lujo”. Vieron cómo la realidad que se transmitía por televisión se parecía más a ellos, era más de “carne y hueso”. Cuando la televisión era a blanco y negro no era muy diferente de la radio, afirma el periodista Óscar Collazos:

Para hacer el libreto del noticiero había que servirse de los archivos fotográficos, único soporte visual de la noticia, o valerse de servicios noticiosos de las embajadas. La televisión era igualita a la radio, pero con fotos fijas que le imprimían un carácter audiovisual (Collazos, 2004, p. 232).

Fueron inagotables la creatividad y el ingenio personal de los primeros colombianos que trabajaron en la televisión nacional de la década de 1970, quienes crearon el contenido de las primeras “parrillas de programación”. En ese entonces los equipos profesionales de noticias crearon novedosos informativos como es el caso de *Diálogos de los martes*. Dentro de los programas infantiles estaba *Cumpleaños Ramo* y concursos como *Trece mil pesos por sus respuestas*, *Uno es de ley*, *La llamada Sears* y *El mundo está loco, loco, loco*. La mayoría de la programación se realizó y se produjo a partir de la improvisación artística y de las pocas ayudas tecnológicas disponibles.

Con esta gran novedad mediática, “el país empezó a ver más que a escuchar, a ver más que leer” (Collazos, 2004, p. 232). La televisión se convirtió en la principal competencia de la radio, cuyo camino obligado era innovar en sus programas y crear otras alternativas auditivas. Ocurrió todo lo contrario porque fueron desapareciendo gradualmente los populares programas de concurso, las radionovelas y los programas en vivo. La programación se contrajo, en general, a la transmisión de grabaciones musicales y noticieros.

Durante la década de 1980 los colombianos se fueron acostumbrando lentamente a la seducción del entretenimiento audiovisual en colores, a los *shows* musicales de artistas internacionales del momento como Sandro, Emilio José, Miguel Gallardo y Camilo Sesto. En la década de 1980, los analistas percibían los cambios que se estaban produciendo en el periodismo. El ex presidente Alberto Lleras Camargo lo señaló en 1981 en los siguientes términos:

la característica del momento colombiano y probablemente del mundo, es que la cantidad de imágenes que los medios de comunicación están vertiendo sobre la gente, segundo a segundo, lo hacen olvidar todo lo anterior, lo de ayer y antes de ayer, lo de hace un año, con los vertiginosos impactos de lo absolutamente contemporáneo. Hoy hay una historia instantánea que no da tiempo a la reflexión, a la revisión, a la confrontación (Lleras, 2006, p. 84).

El periodismo de la década de 1980 ayudó a construir la nación mediante el reconocimiento del país y de su gente, su idiosincrasia y sus costumbres. Ejemplos de tales trabajos fueron programas de televisión como *Cámara Viajera*, de Fernando González Pacheco, de Caracol; la serie investigativa de Alberto Mendoza Morales, titulada *Anatomía de un país* y publicada en el diario *El Espectador* y las crónicas de Pilar Lozano e Inés de Rosé, *Otra punta de Colombia*, de la *Revista Dineros*.

En 1986 afloraba un sentimiento de incertidumbre sobre los peligros propios de ejercer la profesión y de ver cómo el país se destruía ante los ojos impotentes

del gremio. Fernando Cepeda, presidente del jurado del Premio Simón Bolívar de Periodismo de ese año, lo expresaba así:

la violencia en sus versiones más variadas sirve de entrada en buena parte para los trabajos periodísticos: desde la fotografía que registra un dramático suicidio, pasando por las crónicas que hablan de tortura, los informes sobre la tragedia del Palacio de Justicia, el desastre descomunal que arrasó a Armero, la investigación sobre el asesinato de Rodrigo Lara, hasta la venta descarada de la droga en pleno centro de la ciudad a ciencia y paciencia de las autoridades. Todas ellas son maneras de hacerles violencia a las normas que civilizan una sociedad (Cepeda, 1986, p. 154).

En la década de 1980 también se destacaron otros fenómenos nacionales y mundiales. Los carteles de la mafia más importantes se consolidaron durante esa década, especialmente el de Medellín y el de Cali. Ambas estructuras se convirtieron en una amenaza permanente para gobernantes, periodistas, candidatos presidenciales, jueces, fiscales y policías, y en general, para todos los colombianos que veían con angustia cómo la narcoguerra llegaba a las ciudades y a ciertas instituciones públicas.

En aquella época Germán Santamaría trabajaba para el diario *El Tiempo*. Fue testigo directo de cómo compañeros de gremio y maestros de profesión eran asesinados y caían como fichas de ajedrez en aquel terrible tablero de violencia y narcoterrorismo. Guillermo Cano, director de *El Espectador*, quizás sea la figura más recordada de esa violencia contra el ejercicio periodístico. Lo esperaba la muerte al salir del periódico el 17 de diciembre de 1986. A pesar de lo angustiosa que resultaba la profesión, los periodistas siguieron escribiendo, criticando, denunciando y sorprendiendo a la nación con cada hecho que se revelaba.

Pero el terrorismo no era el único monstruo que atacaba a la población. En una noche calurosa del Tolima, el Nevado del Ruiz, situado en la cordillera Central entre el valle del Magdalena y el Cauca, despertó de su centenario sueño y rugió con tanta fuerza que escupió todo lo que había en él: lodo ardiente, piedras, fuego y agua. Aquel 13 de noviembre de 1985 la erupción sepultó a 25 000 de los 40 000 habitantes de Armero. Germán Santamaría fue el enviado de *El Tiempo* que cubrió la catástrofe. Llegó en un helicóptero a Armero a las siete de la mañana, cuando el lodo aún estaba caliente:

Recuerdo especialmente lo que ocurrió. Llegué a las siete de la mañana cuando todo estaba consumido en el lodo. Los hospitales tenían gente desnuda y llena de barro. En esos momentos vi escenas apocalípticas. Fue una experiencia de vida, una experiencia humana, espectacular y dramática.

Darío Restrepo añora también la manera de hacer periodismo durante aquellos años. Con orgullo dice continuar con algunas prácticas metodológicas de sus épocas de reportero. Aún hoy se resiste a dejar de lado su libreta y su bolígrafo.

Además, le gusta mirar a los ojos de los protagonistas de las noticias, preguntarles directamente lo sucedido, sin intermediarios, e insiste en la necesidad de estar de cuerpo presente en el lugar de los hechos:

Respecto de los años ochenta, se ha perdido mucho el contacto personal con la fuente, que era muy importante, porque ahí era que el personaje le inspiraba a uno algunas sensaciones, uno detectaba si estaba diciendo mentiras o tratando de engatusarlo. Parte del oficio de las fuentes que manejan poder es engatusar a los periodistas y parte del trabajo de los periodistas es no dejarse.

Tanto Darío como Germán destacan varios sentimientos que se hacen presentes en el ejercicio del periodismo: la emoción cuando se entrevista a una fuente en vivo, la oportunidad de hacer una pregunta a un personaje en el lugar y momento adecuados; la capacidad de rastrear, investigar y llegar al fondo de una situación; la ética periodística, el sentido crítico, la honestidad, la responsabilidad y el hallar algo particular y distinto en una noticia.

Ambos consideran que lo más emocionante del periodismo consiste en nunca dejar de ser reportero, saber guiarse por el corazón, por los impulsos y por el palpito. Darío quisiera terminar su carrera siendo reportero, no dirigiendo. Y también le gustaría tener tiempo para no escribir sobre hechos reales, sino de ficción. “Tengo sed de fantasía”, sostiene. Germán Santamaría, entre tanto, sostiene que el periodismo es una vida de contrastes: “yo sería periodista una y otra vez. Mis hijas dicen que éste no es un trabajo serio, porque me la paso leyendo, tomando tinto, escribiendo y charlando de muchas cosas. Me dicen: ‘Papi, lo que es usted es un vago’”. A pesar de que han pasado ya varias décadas desde cuando Darío Restrepo y Germán Santamaría se iniciaron en esta profesión, sus recuerdos siguen intactos y su amor por el periodismo también.

Años noventa: el periodismo colombiano en la mira

Incisiva, irreverente, aguda y observadora; ama figurar, mostrarse con fuerza y es una obsesionada con la búsqueda de “víctimas” para lograr entrevistas directas y sin ninguna clase de pudores. Margarita Vidal tiene en su inventario profesional más de mil entrevistas a personajes de la vida pública nacional e internacional. Algunas de las más recordadas son las de Fidel Castro, Julio Cortázar, Darío Echandía, Gabriel García Márquez, Rodrigo Lara Bonilla, Alejandro Obregón y Alfonso López Michelsen.

El estilo predilecto de esta periodista caleña es la entrevista con personajes de influencia social y política determinante en el país. Le encanta preguntar y si las respuestas no la convencen, contrapreguntar. Margarita Vidal inició su carrera

como periodista hace 42 años. Actualmente, dirige y realiza el programa de entrevistas del Canal Capital *Versión Libre* y escribe columnas para algunas revistas como *Fucsia* y *Credencial*. Margarita pertenece a la primera generación de periodistas que se profesionalizaron y estudiaron en una academia. Se graduó en la Facultad de Comunicación Social de la Pontificia Universidad Javeriana, primera en abrir esta carrera en el país en 1949.

Por su parte, Alberto Salcedo Ramos es oriundo de Barranquilla y como buen costeño es extrovertido, alegre y se expresa tanto con la boca como con los brazos y la mirada. Es un barranquillero informal, con aires de poeta, de orador y en ocasiones de político. Antes de ser catedrático se desempeñó como reportero en el diario *El Universal* de Cartagena y ha sido colaborador y narrador de varias revistas nacionales e internacionales como *Soho*, *El Malpensante*, *Diners*, *Arcadia*, *Gatopardo*, *Courrier International* de Francia y *Etiqueta Negra* del Perú, entre otros.

Margarita Vidal recuerda que comenzó su vida como periodista a principios de los años setenta en *El Espectador*, cuando Gabriel Cano, conocido en el gremio como el gran formador de periodistas, dirigía el suplemento literario de ese diario capitalino. A las cinco de la mañana don Gabriel tenía una rutina fija: leía todo el periódico que acababa de salir impreso. Lo leía página por página para luego calificar cada artículo. Los periodistas de aquel tiempo hablaban del “Muro de la infamia”, un tablero pequeño donde don Gabriel colgaba los mejores y los peores artículos diarios. Todo el diario celebraba el día en que un periodista recibía el visto bueno de don Gabriel. El significado era ampliamente reconocido por la comunidad de periodistas de *El Espectador*.

Una tarde enviaron a Margarita a hacer una crónica sobre Melanio Murillo, reconocido picador de toros que estaba enfermo en un hospital de Bogotá. Cuando el torero llegó al centro de salud, no lucía imponente, retador y fuerte como solía estarlo durante las faenas del domingo. “Aquel día se le veía con ojeras enormes, pálido y sin la vitalidad con la que se enfrentaba a sus toros”, recuerda ella. Estaba en plena entrevista con Murillo cuando comenzó un gran revuelo en el hospital. El torero español conocido como El Cordobés llegó a visitar al veterano y enfermo torero. Margarita Vidal los dejó a solas por una hora. Cuando regresó, el torero Murillo ya se encontraba solo y tenía lágrimas en el rostro. Cuenta Margarita Vidal:

Comenzamos a hablar, y recuerdo que me dijo: “Mija, me vino a visitar El Cordobés, y eso que él no tenía nada que ver conmigo, ni lo conocía mucho. En cambio, a otros a los que he dedicado mi vida para ayudarlos, no me han hecho ni una sola visita”.

Ese encuentro la marcó porque comprendió que las figuras públicas también sufren el abandono. “Fue como entrevistar a un muerto. Estaba desanimado, triste, sin ganas de nada”, recuerda. Cuando la joven periodista llegó al periódico,

escribió una crónica sobre ese episodio. Logró un reconocimiento en “El Muro de la Infamia”. Al lado del recorte de su nota, Guillermo Cano puso unas grandes felicitaciones. Aquel día y no otro es el que Margarita considera como el de su grado de periodista.

La postura fina y erguida de Margarita Vidal contrasta con la de Alberto Salcedo Ramos. Él habla, se sienta, se ríe con desparpajo y gracia. Es egresado de la Universidad Autónoma del Caribe y habla como si siempre estuviera armando una de sus crónicas. Ambos reconocen que vivieron con éxtasis lo que la década del noventa significó para el país y para los periodistas como ella.

Algunos cambios fundamentales en Colombia durante los noventa fueron el *boom* de la telefonía móvil en 1994 y la llegada de la Internet al país en 1995. Estos dos fenómenos tecnológicos abrieron las puertas a muchos otros cambios y avances de los medios de comunicación y del periodismo. En la década de 1990 era muy incierto lo que podía pasar con las versiones digitales de los periódicos. No existía un trabajo específico de redacción para la red y menos su actualización permanente. Las primeras versiones digitalizadas de los diarios publicaban las mismas noticias impresas.

Así como la llegada de la radio y de la televisión cambió las prácticas periodísticas de las décadas de 1950 y 1960, con la Internet se dio un giro definitivo e irrevocable para el mundo de las comunicaciones globales. A partir de aquel momento se transformó el modo de pensar las comunicaciones, la manera de percibir la información, de obtenerla, de procesarla y de mostrarla a las nuevas audiencias. Algunos de los cambios que llegaron fueron la digitalización de los medios de comunicación y la reducción de los espacios para las noticias, tanto en la prensa como en las nuevas plataformas informativas digitales. También surgieron complementos informativos con los recursos multimedia y las nuevas tecnologías de las computadoras y los teléfonos móviles. Esto vino a acentuarse en el nuevo milenio.

Margarita Vidal ya había trabajado, en la década de 1980, como directora de la revista *Cromos* y había hecho programas de entrevistas como *ABC de la Mujer* y *Al banquillo con Margarita*. Cuando empezó a dirigir el programa *ABC de la Mujer* le propusieron trabajar para un magazín femenino en temas como cocina, belleza y moda. Sin embargo, ella consideró que esos no eran los únicos temas que debían conocer las mujeres: “Yo nunca he pensado que las mujeres tengamos limitaciones en materia de temas. Por eso rompí los esquemas e incluí política y economía y todo lo que a las mujeres nos pudiera interesar”.

Si en la década de 1970 ocurrió el proceso de profesionalización del periodismo y la llegada de otras mujeres al oficio, en la década siguiente fue más contundente la participación y el sello que ellas le imprimieron a lo que dirigían, escribían o producían. Dentro del grupo de estas primeras mujeres profesionales del periodismo se encontraba Margarita Vidal. Ocuparon cargos de dirección,

firmaron sus artículos, hablaron libremente de sus afinidades políticas y propusieron temas sin temor a ser exiliadas o juzgadas.

Con sus famosos programas de entrevistas, Vidal logró acercarse a personajes que eran fundamentales en la política nacional. Algunas de sus fuentes desaparecieron luego por el monstruo de la violencia y el narcotráfico que había traído la década anterior. Personajes que un día eran entrevistados, a los pocos meses o años eran asesinados cuando salían de sus lugares de trabajos. Así ocurrió con Álvaro Gómez Hurtado a quien Margarita le preguntó en 1985: “¿Aparte de querer ser candidato presidencial, qué quisiera ser?”. Gómez respondió: “Quisiera ser ratón de biblioteca para descubrir muchos hechos históricos”. Pero ese deseo de convertirse en lector profesional se desplomó en 1995, cuando le dispararon mortalmente al salir de la Universidad Sergio Arboleda. Lo mismo ocurrió con el candidato a la Presidencia por la Alianza del M-19, Carlos Pizarro Leóngómez. En la entrevista con Margarita Vidal en 1984 habló sobre el proceso de paz del entonces presidente Belisario Betancur: “en Colombia el proceso de paz es un proceso frágil, y no por el M-19; es frágil porque no hay la decisión política del Gobierno para que ese proceso coja todo el vuelo que necesita” (Vidal, 1997, p. 299). Cinco años después, Pizarro fue asesinado a bordo de un avión, el 26 de abril de 1989, año en que hacía campaña para la Presidencia de la República. Al recordar estas entrevistas y los trágicos desenlaces, Margarita respira profundamente. Después de una pausa retoma el aliento y dice: “Infortunadamente tengo un repertorio de varias entrevistas con ‘muertos ilustres’ de la historia colombiana”.

La década de 1990 tuvo como denominador común un sentimiento generalizado de incertidumbre y angustia por cuenta de la crudeza de la violencia y el narcotráfico. La década de 1980 terminó con el asesinato del candidato presidencial Luis Carlos Galán, cuando pronunció su discurso en la plaza pública de Soacha ante la mirada de cientos de espectadores. Varios medios de comunicación, entre ellos los diarios *El Tiempo* y *El Espectador* y la revista *Semana*, pusieron en sus portadas la inolvidable foto del fallecido Luis Carlos Galán en la cámara ardiente del Capitolio Nacional. Esa imagen quedó en la memoria colectiva de los colombianos.

César Gaviria Trujillo convocó la reforma constitucional de 1991 y habló de introducir un modelo económico aperturista. Para el gremio periodístico, la Constitución de 1991 trajo varios cambios legales importantes que no estaban contemplados claramente en la Constitución de 1886. Se habló por primera vez de la libertad de conciencia y se oficializó la libertad de expresión y la no censura a los medios de comunicación. Las constantes amenazas a la integridad y a la vida de los periodistas condujeron a la instauración de la ley para la protección del ejercicio periodístico. Igualmente, la potencial fuerza de la televisión y las telecomunicaciones dio una razón de peso para declarar la igualdad del uso del espectro electromagnético para todos los medios de comunicación.

En la vida cotidiana de los bogotanos también se generaron cambios importantes durante los años 1992 y 1993. Por cuenta del Fenómeno del Niño y de la crisis energética, la oscuridad se tomó los hogares capitalinos desde las cinco de la tarde hasta las siete de la noche. Los apagones obligaron a los bogotanos a comprar velas para hacer las tareas con los niños, para cocinar y amenizar las charlas mientras era momento de dormir. La baja en las reservas de agua condujo a la reducción de la producción hidroeléctrica, la cual ocasionó un racionamiento de energía que duró dos años, entre 1992 y 1993. El racionamiento también tuvo sus efectos en los medios, principalmente en la televisión. El programa *Los tres a las seis*, emitido por las programadoras Caracol Televisión y RTI, “llegó a su fin debido al racionamiento de luz, pues afectaba el horario en el que se emitía” (Amaral, 2004, p. 97).

En las horas en que se tenía energía y los colombianos podían encender de nuevo sus televisores, las noticias no eran muy alentadoras. Al tiempo que comenzó el proceso de desmovilización (1991-1994) del mayor número de integrantes del Ejército Popular de Liberación (EPL) y una de las facciones del Ejército de Liberación Nacional (ELN), los diálogos con las FARC se suspendieron. Se agudizó también la guerra contra el narcoterrorismo y contra el grupo de los narcotraficantes declarados extraditables, particularmente Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez Gacha. El secuestro se difundió como una forma de presionar la anulación del Tratado de Extradición firmado el 7 de julio de 1991. Si el decenio de 1980 se distinguió por el terrorismo en las ciudades, el de 1990 fue el del secuestro. Personajes públicos y periodistas como Diana Turbay, Francisco Santos y Marina Montoya fueron secuestrados con fines políticos y extorsivos por los grupos narcotraficantes. En diciembre de 1993 todos los medios cubrieron la captura y muerte de Pablo Escobar. Ya han pasado 25 años desde cuando Escobar fue muerto en el tejado de una casa del occidente de Medellín. Sin embargo, después de su fallecimiento sigue siendo sujeto de interés para periodistas, escritores y artistas.

En el periodismo colombiano también se produjeron varios cambios, avances y continuidades durante la década de 1990. En noviembre de 1992 el diario *El Tiempo* por primera vez creó la figura del *Ombudsman* o defensor de los lectores, siguiendo el ejemplo de los periódicos más importantes del mundo. A partir de aquel momento otros periódicos y programas de radio y de televisión del país vieron positivamente la práctica de crear secciones editoriales y de opinión, para darle participación y voz al público al que se dirigían. De esta manera, el periodismo se ejercía de manera más democrática y plural.

Los años 1996 y 1997 fueron de los más agitados y duros para el periodismo nacional. Con el denominado Proceso 8000, como consecuencia de la infiltración de los dineros del narcotráfico en una campaña presidencial, se pusieron a prueba la imparcialidad, el sentido de responsabilidad y la ética del gremio. Los medios de comunicación que durante tanto tiempo estuvieron adheridos al poder político

se volcaron en favor de las audiencias para denunciar, criticar, protestar y apoyar las exigencias de los ciudadanos sobre el escandaloso hecho.

En 1999 el país comenzaba a ilusionarse con una posible negociación de paz. Pero esos anhelos quedaron sepultados debido a las amenazas, secuestros y desapariciones de varios periodistas que adelantaban investigaciones sobre corrupción, narcotráfico y violencia. Entre ellos fue asesinado el periodista y humorista Jaime Garzón, y por amenazas en su contra se exiliaron periodistas como Alfredo Molano, Hernando Corral y Plinio Apuleyo Mendoza.

La tendencia de fijar a los periodistas en la mira de la violencia venía ocurriendo desde mediados de la década de 1980. Margarita Vidal recuerda que la violencia y las amenazas también le tocaron a ella. En 1984 era miembro de la Comisión de Paz del presidente Betancur. Las labores de facilitadora le dejaron recuerdos amargos: “A veces cuando a uno le toca hacer trabajos periodísticos peligrosos, flaquea, teme por su vida y la de la familia. A mí me tocó irme del país cuando me amenazaron por estar colaborando con la desmovilización del M-19”, afirma. Aparte de ser un oficio que en Colombia está considerado de alto riesgo, el periodismo también muestra crudeza y desnuda las mayores calamidades y sufrimientos de una sociedad.

A diferencia de Margarita Vidal, Alberto Salcedo Ramos no padeció amenazas durante las décadas de 1980 y 1990. Esto quizás porque el periodismo que hace Salcedo ha sido más local y los protagonistas de sus crónicas –a diferencia de los de Margarita– no son políticos, periodistas, ideólogos, académicos ni otros personajes de la vida pública nacional. Los héroes de Salcedo son otros: boxeadores, campesinos, amas de casa, cantantes vallenatos, homosexuales que se prostituyen, emboladores, barqueros, soldados, víctimas del desplazamiento y la violencia, entre otros. A través de la vida de estos hombres y mujeres anónimos el país ha podido mostrar otra cara. Ya no se trata del rostro que enseña el choque de intereses por el poder político, sino de los micropoderes de la gente del común que lucha diariamente por sobrevivir a la pobreza, la violencia, el desplazamiento y, en general, las tragedias del ser humano.

Salcedo dice que ha encontrado personajes con historias tan dramáticas y sorprendentes que parecen sacadas de la ficción. Pero tanto las personas que le abren su alma y le cuentan sobre sus vidas, como él que transforma esas vidas en crónicas, saben que son más que reales. Ha documentado la guerra contra poblaciones rurales, el desplazamiento y el secuestro de militares, campesinos y ciudadanos del común. Este periodista también ha sentido en carne propia cómo sus fuentes son violentadas y en qué consiste ser periodista en un país de múltiples contrastes.

Al tratar de explicar la manera en que ejerce el oficio de periodista con estos personajes, a veces invisibles, Salcedo Ramos afirma: “Los narradores son los dueños del cuento que nadie quiere o puede contar. Los cronistas y periodistas que narran son capaces de decir lo que no está en la infografía o en el insulso pie de

página”. Por ejemplo, él entrevistó a un personaje que representa una de las situaciones más crueles por las que han pasado muchos colombianos: el secuestro.

El delito del rapto de personas está definido por la Comisión para los Derechos Humanos en Colombia como una privación ilegal de la libertad personal y una violación a los derechos humanos. Según las cifras de Fondelibertad, en 1999 hubo 3204 personas secuestradas, y en el 2000, 3572 (Fondelibertad, 1999). Este flagelo se profundizó y ha tenido su mayor escalada desde finales de la década de 1990. Los periodistas registraron, en aquel entonces, la manera en que el secuestro cedía los fines exclusivamente económicos por otros como cambiar el curso de las leyes penales y las políticas nacionales, presionar al gobierno y debilitar las fuerzas militares.

A finales de la década de 1990 se llevaron a cabo algunas de las operaciones más violentas y los secuestros colectivos más recordados de la historia del país. Los periodistas colombianos que registraron estos dolorosos sucesos aprendieron varias lecciones: eran un blanco predilecto de los poderes armados ilegales, que además tenían entre sus objetivos silenciar a la prensa; debían elegir y saber equilibrar entre las denuncias o dejar salir a la luz los atropellos que se cometían en contra de los civiles, y a la vez, velar por su seguridad y la vida de sus familias. Asimilaron que con el lenguaje y la manera en que manipulaban una noticia o la prioridad que les daban a los violentos, en vez de generar un contrapeso se estaba incurriendo en una apología del delito. Asumieron que debían utilizar de manera ética el lenguaje para hablar de las diferentes formas de violencia y proteger las identidades de sus fuentes. Por supuesto, este aprendizaje no fue exclusivo de esa década: se ha mantenido desde entonces para el ejercicio del periodismo.

Además de estas enseñanzas adquiridas en el ejercicio diario, otro importante hecho marcó el trabajo de los periodistas colombianos durante los años noventa: el 7 de enero de 1999 los medios de comunicación tuvieron la oportunidad de presenciar el inicio de los fallidos diálogos de negociación en el Caguán, entre el entonces presidente Andrés Pastrana y las FARC. Los reporteros fueron testigos directos de las tensiones e intereses de los protagonistas de la negociación y de cómo querían incidir para que sus versiones e interpretaciones de los hechos fueran las que predominaran en las noticias. Algunos de estos profesionales terminaron tomando partido en el conflicto en virtud de las afinidades políticas de los dueños o directores de los medios e incluso se contagiaron del espíritu que se vivía en las mesas de negociación.

A pesar de los logros de las Unidades de Paz creadas por la prensa, que consistían en publicar análisis más estructurales sobre las raíces históricas de la violencia, otros medios optaron por un cubrimiento más simplista. Fabio López de la Roche en su análisis “Aprendizajes y encrucijadas del periodismo. Entre la paz de Pastrana y la seguridad democrática de Uribe”, dice:

los medios televisivos no desarrollaron arreglos institucionales conducentes a un cubrimiento más cuidadoso y equilibrado del conflicto armado, del

proceso de paz, ni de la negociación política. En esos espacios clave para la orientación de un proceso de reconciliación nacional siguieron predominando el *rating* y el interés comercial sobre el interés nacional y el público. Se impuso un periodismo de relación de hechos de orden público, presentados de manera inconexa y fragmentaria (López, 2005, p. 7).

A principios de 2010, Alberto Salcedo estuvo reunido con el cabo William Pérez, secuestrado en 1998 durante la toma de El Billar, Caquetá. Pérez se hizo tristemente célebre y se destacó en la prensa porque fue el soldado que cuidó a Ingrid Betancourt hasta el día de la Operación Jaque, la cual los trajo a la libertad el 2 de julio de 2008. Fue quien le “cuchareó” los alimentos cuando ella estaba inapetente y deprimida. Los medios lo dieron a conocer al margen y a la sombra de esta mujer de fama mundial. Aparte de ser valorado como “el ángel guardián” de la ex candidata presidencial, poco o nada se sabía sobre su existencia y los años consumidos por la humedad y la crueldad de la selva. En este protagonista secundario encontró Salcedo una historia principal.

Después de la Operación Jaque, tras haber pasado toda la efervescencia de la prensa por conocer los detalles más generales de la vida de los militares liberados, Alberto Salcedo decidió ponerse en contacto con William Pérez. Ambos almorzaron en un restaurante costeño de Bogotá, aprovechando la común procedencia caribeña y, por tanto, el gusto por los sabores de esas tierras. Empezaron a conversar y a reflexionar sobre los contrastes entre la libertad y el secuestro.

William Pérez contó que cuando estaba secuestrado se volvió inapetente por una razón fundamental, aparte de que los alimentos no eran los mejores. Los cinco años durante los cuales estuvo encadenado a su compañero de cautiverio lo privaron del derecho a la “intimidad”. Alberto Salcedo recuerda cómo William narraba con nostalgia el hecho de que a él y a su compañero les tocaba acompañarse cuando alguno debía hacer sus necesidades fisiológicas:

En el restaurante de Bogotá donde estábamos almorzando, William miraba el plato de comida costeña y me decía que durante el secuestro, él se obligaba a ayunar para no defecar. Por eso, cuando volvió a su estado de hombre libre y podía comer todo lo que quisiera y se le antojara, todavía tenía la sensación de asco, había un desencuentro total con los alimentos y con la vida que en cautiverio tanto deseaba.

Lo rutinario es lo que devela la naturaleza de los seres humanos; son esos pequeños pero importantes detalles los que hacen reales y únicas las historias. Ese es el botín narrativo o el *plus* del ejercicio periodístico de un cronista. Alberto Salcedo Ramos pertenece a la generación de periodistas que como Margarita Vidal se prepararon profesionalmente en una academia, vieron cómo el periodismo se iba alejando de un compromiso partidista, fueron alumnos de una escuela periodística preocupada por descubrir a otros actores sociales, es decir, a la gente del común

que también tiene historias para contar, y fueron testigos de la entrada sorprendente y paulatina de las computadoras, la Internet y la telefonía móvil como instrumentos para el ejercicio de la profesión.

Ya no son los mismos periodistas que vivieron intensamente los años noventa desde las salas de redacción de sus respectivos medios. Ahora tienen una posición más madura sobre la profesión. Margarita como conductora del programa de entrevistas *Hablemos claro* del Canal Capital y Alberto Salcedo como catedrático, escritor y colaborador de varias revistas nacionales como *Soho* y *El Malpensante*. La década de los noventa los ayudó a construirse como periodistas, a entender su profesión en la complejidad de los hechos del país. Entrevistaron, hablaron, narraron sobre personajes y acontecimientos fundamentales de ese periodo y pudieron ver un somero adelanto de lo que traería el nuevo milenio con el cambio importante de las prácticas y las herramientas periodísticas.

El nuevo milenio: cambios e incertidumbres del oficio

Una gran mayoría de los pertenecientes a la nueva generación de periodistas encuentra que sus “chivas”, novedades y noticias pueden hallarlas en blogs o en publicaciones de Twitter y Facebook. En este último apartado, dedicado a los cambios y contrastes que trajo el nuevo milenio a la profesión, los protagonistas son periodistas que han desempeñado importantes cargos como editores políticos de *El Espectador*, *El Tiempo* y la revista *Semana*. Se trata de María Alejandra Villamizar y Andrés Mompotes.

Andrés Mompotes es payanés, pero su voz tiene acento valluno. Vive en Bogotá y se desempeña como subdirector de *El Tiempo*. Desde los 21 años trabaja en esa casa editorial, ya que fue seleccionado para formar parte de la primera generación de la Escuela de Periodismo del diario. María Alejandra es de Norte de Santander y, como las mujeres de esa tierra, habla tajante y directamente. Tiene una amplia experiencia en medios: trabajó en los noticieros *24 Horas* y *CMe*, se desempeñó como editora jefe de *El Tiempo*, editora política de la revista *Semana*, editora de la Unidad de Paz y Derechos Humanos de *El Espectador* y, actualmente, es la directora de Confidencial Colombia. Ambos llegaron a la capital para formarse como periodistas y ejercer la profesión. Antes de iniciarse el nuevo milenio se vislumbraba una transformación generacional que iba a darle un giro radical al periodismo colombiano.

El gremio periodístico adquirió otras prácticas y manifestaciones, en comparación con las de hace veinte años. Hoy, está formado en su mayoría por jóvenes profesionales egresados de las universidades y con especializaciones en determinadas áreas del periodismo. Según el informe del periódico *El Nuevo Siglo*, Colombia produce periodistas por montones:

Sin embargo el mercado laboral no absorbe suficientemente a todos los egresados del país, ni tampoco disminuye el número de jóvenes que optan por esta carrera, al punto de que se trata de una de las modalidades de facultad más rentables para muchas universidades (2011).

Se suma a este panorama una oferta de especializaciones y posgrados en Comunicación para personas de otras profesiones. Este fenómeno obliga a evaluar la necesidad de cursar una carrera completa de periodismo o de optar por un posgrado con énfasis periodístico. El avance que hace 65 años se dio hacia la profesionalización del periodismo ahora se está reconsiderando y los profesionales de los medios de comunicación comienzan a tener otras fuentes de formación académica, como sucedió en los inicios del oficio en Colombia.

Las prácticas y el espectro de acción periodística también han cambiado. La Internet, la multimedia, la digitalización de los medios, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, y los medios alternativos han obligado a modificar los contenidos y los formatos y han llevado a que creadores y productores estén cada vez más comprometidos con las nuevas posibilidades informáticas tales como plataformas, redes sociales y vínculos noticiosos internacionales. A estos avances tecnológicos se suma un creciente impulso por la creación de opciones académicas para los periodistas como la doble titulación o los énfasis profesionales. La academia ofrece profundizaciones en temas como educación, medios comunitarios, comunicación organizacional, resolución de conflictos y nuevos medios digitales.

María Alejandra Villamizar y Andrés Mompos pertenecen a esta generación de periodistas, que vio de cerca cómo las nuevas herramientas tecnológicas y educativas han variado la forma de hacer y pensar el periodismo en el siglo XXI. María Alejandra Villamizar habla sobre los momentos más difíciles de esta década y los retos que representaron para el periodismo nacional. Se siente orgullosa de haber nacido en provincia. Llegó a la capital para cursar los estudios de periodismo en la Universidad Javeriana de Bogotá y desde que se graduó ha trabajado en cuantos y tan diversos medios que ella misma reconoce que “prácticamente no me falta ninguno en el cual trabajar”.

Cuando terminaba el siglo XX y empezaba el nuevo milenio, María Alejandra se recuerda como una aprendiz de periodista. Ella vio de cerca dos hechos que sacudieron al país y pusieron a prueba el periodismo nacional: el terremoto del Eje Cafetero del 25 de enero de 1999, y en marzo del 2002, el fracaso rotundo de las negociaciones de paz en El Caguán. En ambos sucesos se probó la capacidad de los medios colombianos para asumir y registrar éticamente el drama humano. María Alejandra cubrió la tragedia de Armenia y pudo retratar la desesperación de la gente que buscaba a sus familias entre los escombros, y el asalto en los mercados en búsqueda de víveres. Por este motivo, ella ahora se cuida de pronunciar el término ‘terremoto’ en tono de broma: “Antes tenía la costumbre de decir que

había sucedido un terremoto en mi casa cuando estaba desordenada. Ya ni pronuncio esa palabra. No tiene ni punto de comparación con lo que realmente es un terremoto”. Esto le dio una lección acerca de la necesaria precisión del uso de las palabras tanto en el periodismo como en la vida cotidiana.

La tragedia del Eje Cafetero condujo a que muchos profesionales del periodismo dejaran de ser reporteros distantes. Se involucraron en el drama e incluso se convirtieron en voluntarios para ayudar a las víctimas, levantar los escombros, llamar a las emisoras, canales y casas editoriales para solicitar ayuda nacional e internacional. Gracias a la intervención de los periodistas, el cubrimiento de la tragedia del Eje Cafetero ganó en realismo y humanidad. Por los trabajos periodísticos se conocieron aristas diferentes de la sociedad: cierta desidia estatal, la valentía y la solidaridad de un pueblo cuyos enfermos esperaban resignadamente en los hospitales y no se quejaban porque pensaban que el paciente de al lado podía estar en peores circunstancias. También se vio cómo muchos países conocieron a Colombia por la hecatombe registrada en los medios internacionales.

María Alejandra y sus compañeros trabajaban de día con el miedo de otra sacudida telúrica, y de noche escribían a la luz de las velas. Sentían sed y hambre pero aguantaban sus necesidades porque sabían que las ayudas humanitarias tenían como prioridad a los damnificados. “Fue una experiencia muy fuerte, muy exigente, pero también muy bella porque pudimos ayudar a la gente, acompañarla en su dolor”, sostiene.

Otro de los hechos importantes e igualmente frustrantes a principios de siglo, como ya se dijo, fue el rompimiento abrupto de las negociaciones de paz en El Caguán, en marzo de 2002. En los primeros dos años del nuevo milenio, el presidente era el conservador Andrés Pastrana. Él comenzó en 1999 el proceso de negociación con las FARC en el municipio de San Vicente del Caguán, ubicado en la denominada Zona de distensión. El proceso terminó en 2002 por la falta de garantías en las negociaciones y como consecuencia de la negación rotunda de las FARC a dejar sus actividades delictivas.

La frustración por el mal término de la negociación se convirtió en una obsesión para María Alejandra Villamizar. Desde aquel momento se afianzó su interés por la violencia y los procesos de paz. También es la razón fundamental por la que se ha orientado hacia el trabajo de redacción e investigación periodística en temas políticos, conflicto armado y derechos humanos. Un día, mientras trabajaba en el noticiero de televisión *24 Horas*, la enviaron a cubrir una masacre en el Magdalena Medio. Como si se preparara para un paseo, empacó algunos objetos personales en su mochila y se puso unos *jeans* y unas botas pantaneras para “caminar por la trocha”. Cuando llegó al lugar se estremeció al ver que en todas las direcciones hacia donde miraba había cuerpos destrozados. Nunca había presenciado una masacre. Había visto muy pocos muertos en su vida, y en ese día

vio muchos en el centro de la plaza de un pueblo. Entendió que “la violencia en Colombia era de verdad, verdad, y que en las combates hay muertos”.

Esa experiencia dejó en ella un hondo y oscuro recuerdo. Ese día, mientras recorría la plaza del pueblo, encontró tirados en el suelo los cuerpos inertes de varias guerrilleras. Esas “niñas de la guerra” podían tener la misma edad de Alejandra. El camuflado, las botas y las armas no las diferenciaban mucho de los compañeros de combate. Entonces, la reportera se percató de que ellas, como cualquier mujer, se pintaban las uñas y los labios de rojo, cereza y morado. La vanidad es una característica tan humana que no diferencia bandos, intereses y versiones políticas:

La violencia armada tiene cosas muy confusas, versiones contradictorias. Se estaba diciendo que entre las víctimas se hallaban unos bandidos, pero yo lo único que veía era a unas chicas de uniforme, con las uñas pintadas y tan víctimas como los demás.

Esta experiencia determinó para siempre la carrera profesional de María Alejandra como reportera y testigo. Dice que hay una responsabilidad de los periodistas que consiste en “humanizar con el lenguaje y los enfoques” las versiones de los combates.

Algunos hechos nacionales e internacionales de esta primera década del siglo modificaron la visión y la acción periodística. El secuestro de Ingrid Betancourt y Clara Rojas, ocurrido en abril de 2002, hizo reflexionar a los periodistas sobre su enorme poder al visibilizar o no a los seres humanos. Mientras los medios popularizaron la imagen de Ingrid, de nacionalidades colombiana y francesa, y que se convirtió en el icono de la libertad internacional, otros secuestrados no cuentan con la misma suerte y simplemente son un número más en las listas de víctimas del secuestro.

El 2 de marzo de 2008 cayó abatido alias Raúl Reyes, el entonces segundo jefe guerrillero de las FARC. Frente a este hecho, los periodistas se debatieron ante el dilema ético e informativo de presentar la noticia como un acto de un Estado en defensa de su seguridad o como una violación de límites entre dos países fronterizos.

En el plano internacional, al principio de la década del 2000, dos aviones Boeing 767-300 de American Airlines y otro de United Airlines se desviaron de su ruta a las 8:45 a. m. y se estrellaron contra las torres del World Trade Center de Nueva York. Éste ha sido considerado el ataque terrorista más grande de la historia porque cobró la vida de 3000 personas y mostró al mundo que nada iba a ser igual desde aquel siniestro día. El responsable fue el grupo terrorista islámico de Al-Qaeda. Los españoles sintieron un impacto similar el 11 de marzo de 2004, cuando 191 personas murieron como consecuencia de un atentado contra un tren de Madrid.

En este contexto se transformó el lenguaje del periodismo nacional e internacional. Expresiones bipolarizadas y de tono casi religioso, como “Eje del mal”, “la guerra entre Dios y el Diablo” o la reconocida expresión de “amenaza terrorista”,

tienen desde aquel día resonancia constante en la prensa colombiana e internacional. En relación con estos eventos nacionales e internacionales, María Alejandra Villamizar y Andrés Mompotes coinciden en que desde el año 2000 las noticias y los hechos que encabezan los principales titulares son cada vez más espectaculares, explosivos, dramáticos y de enormes dimensiones. Paradójicamente, son fugaces y a veces tan olvidados como los pequeños sucesos, las noticias cotidianas y locales que tienen repercusiones de corto alcance.

En este nuevo siglo la memoria es “portátil”, “intercambiable”, “fácilmente adquirible” y “elegible”, pues el mercado tecnológico ofrece para todos los gustos. La memoria de muchos ciudadanos del mundo depende de si llevan o no en sus maletines sus computadoras portátiles, memorias USB, tabletas y teléfonos móviles. Es imposible desligar este nuevo milenio de la sorprendente carrera tecnológica.

En la década de The Beatles empezó el fenómeno de la Internet, pero su impacto y los cambios que iba a generar solo se sintieron treinta años después. En el ámbito colombiano el impacto más contundente se ha presentado en esta primera década del siglo XXI. La red ha cambiado la manera de producir noticias y de consumirlas. El periodismo es una de las profesiones que más ha sentido cambios importantes de las prácticas profesionales. Las nuevas plataformas virtuales, las redes sociales, los recursos multimedia (fotografía, video, audio, texto) permiten a los usuarios y periodistas intercambiar, procesar y recibir contenidos y noticias de manera sencilla, ilimitada e incontrolable.

Se puede hablar de dos categorías de sujetos que tienen un papel activo en la recolección, producción, análisis y distribución de noticias e información actualmente: el periodista digital y el periodista ciudadano. Estas dos figuras toman cada vez más fuerza y determinan un cambio irreversible de la manera de concebir y entender las prácticas, el trabajo con las fuentes y la relación de los periodistas y la audiencia.

Andrés Mompotes tiene una opinión muy clara sobre esta situación particular que están experimentando los medios de comunicación. Sostiene:

Los que vivimos en esta generación estamos siendo testigos de una especie de cisma, una de las circunstancias más emocionantes de la industria de los medios. Unos lo ven como el punto de quiebre, otros lo ven como la oportunidad para mejorar. Lo cierto es que estamos en un momento como cuando se creó la imprenta, o cuando apareció la televisión.

Especialista en prensa, Mompotes ha notado el progresivo impacto de las nuevas tecnologías en el periodismo. La prensa es la que más fuertemente siente los reveses de la era digital. La audiencia cada vez ve menos la necesidad de adquirir los periódicos cuando la computadora ofrece una versión *web*. Ahora muchos publican, opinan, crean wikis, blogs, grupos sociales, galerías de fotos y foros. Los periodistas, además de poder generar contenidos y estar presentes con todas estas herramientas, deben brindar información de calidad, fiable y resultado de una buena investigación.

Por donde quiera que se vaya es común ver a los “nativos digitales”, concepto creado por el investigador y filósofo argentino Alejandro Piscetelli. A este grupo pertenecen algunos hombres y mujeres menores de 35 años que han nacido y se han criado en la era digital, lo que les ha creado una dependencia absoluta de las nuevas tecnologías de la información. Estos “nativos digitales” son las nuevas audiencias que hay que conquistar y seducir, lo cual se constituye en todo un reto por su escasa capacidad de sorpresa y porque lograr captar su interés no es una tarea simple.

En este sentido también están de acuerdo Alejandra Villamizar y Andrés Mompotes. Al respecto, este último dice:

Lo que va a sobrevivir no es necesariamente algún tipo de plataforma. Lo que sí va a ser claro es que la información seguirá siendo una necesidad para la sociedad. La manera en que se muestra y se empaqueta es una cosa muy distinta. Más allá de si se es capaz de montar una página, hacer un multimedia, lo que prima es la calidad como periodista, la capacidad para contar, la ética, la profundidad, el análisis y la crítica. Conocer todas las herramientas no garantiza que se esté haciendo un buen periodismo. Al buen periodismo no lo reemplaza ningún cambio de plataforma.

Cada vez que tiene la oportunidad, Mompotes sugiere que ser un buen periodista implica, entre otras muchas cualidades, tres condiciones fundamentales: la formación cultural y académica, el profesionalismo y la disciplina. Antes de ser periodista, se graduó de una academia militar, donde aprendió que la disciplina es una virtud expresada no solo en hábitos como levantarse temprano o ducharse con agua helada, sino también como una cualidad que se puede aplicar en una profesión tan humana como el periodismo. Cuando se le pregunta sobre el consejo más importante que le daría a las nuevas generaciones, no duda en señalar “que para ser un buen periodista, además de hacer una propuesta novedosa, debe conocerse lo que hay detrás de esa propuesta, conocer el pasado, mirar la historia con juicio de periodista y disciplina de soldado”. Como periodistas maduros, Villamizar y Mompotes tienen nuevas expectativas sobre su profesión y nuevos anhelos y están abiertos a todos los cambios profesionales que se generen en la segunda década de este milenio. Al fin y al cabo, el periodismo no se agota.

Referencias

- Amaral, D. (2004). *50 años de la Televisión en Colombia: una historia para el futuro*. Bogotá: Zona Caracol Televisión.
- Arango, G. (Julio 5 de 1965). El Chocó: amor en blanco y negro. *Revista Cromos*.
- Cepeda, F. (marzo de 2006). Discurso como Presidente del Jurado (1986). En *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D' Vinni, p 154.

- Collazos, O. (2004). Aparece la Televisión: la caja mágica. En *Cincuenta días que cambiaron la historia de Colombia*. Bogotá: Planeta. p 232.
- Ministerio de Educación Nacional. Colombia, un país que produce periodistas por montones. *El Nuevo Siglo*. Recuperado de <http://www.mineduccion.gov.co/cvn/1665/article-116553.html> .
- López De La Roche, F. (2005). Aprendizajes y encrucijadas del periodismo entre la paz de Pastrana y la Seguridad Democrática de Uribe. *Revista Palabra Clave*. Bogotá: Universidad de la Sabana. p 7.
- Lleras, A.(1981). Discurso pronunciado día de la entrega del Premio a la vida y obra de un Periodista (1981). *Premio Nacional de Periodismo: 30 años*. Bogotá: D' Vinni, marzo de 2006. P 84.
- Melo, J. O. (18 de febrero de 2007). La interpretación en el país de las maravillas. *El Tiempo*.
- Melo, J. O. (2004). La libertad de prensa en Colombia: pasado y perspectivas actuales. En *Fortalezas de Colombia*. Bogotá: Editorial Ariel y Banco Interamericano de Desarrollo.
- Santamaría, G. (Noviembre de 1985) La niña que agoniza en el fango. *El Tiempo*.
- Vidal, M. (1997). Entrevista con Carlos Pizarro León Gómez. En *Viaje a la Memoria*. Bogotá: Espasa, p 299.
- Villamizar, M. A. (2005). Expedición a lo desconocido. *El Tiempo*, 2005.

Documentos

Ley 51 de 1975 del Congreso de la República. 18 de diciembre de 1975.